

a esa farsa, que no era más que un astuto lobo con piel de oveja. ¿Por qué, si eran sinceros y la hipocresía no los empujaba, no aprovecharon los taimados la fecha del primero de mayo para pedir al gobierno de la U. R. S. S. que devolviera la libertad a los millares y millares de hombres y de mujeres que gimen en los hielos de Siberia y en los calabozos de la Gepeú, ya que no se podía pedir la vida de los centenares de miles de seres humanos que han perecido en las garras del Soviet? Es deplorable, y por eso tengo tanta fe en el restablecimiento de la Universidad con las más amplias tendencias, que en el Congreso no haya predominado una visión superior que constriña a los representantes del pueblo al sencillo cumplimiento de su deber constitucional, y no a andarle buscando tres pies al gato en asuntos internacionales, que están preñados de malas inteligencias y peligros. Y es más deplorable aún que una minoría en su expresión más ínfima arrastre al Poder Legislativo de la República a una actitud tan extraña ante los gobiernos con quienes conserva el país excelentes relaciones de amistad y que tienen aquí acreditadas legaciones, sin que pueda exigirse jamás que ande escarbando en las ropas interiores de otros países y gobiernos, pues no es esa su misión. Somos un país inerme y débil, y sólo el respeto internacional puede darnos fuerza para vivir y conquistar nuestro puesto propio entre las naciones de la tierra. Enfilamos, como carneros, tras los comunistas, en esta delicada cuestión que sólo en su forro es de humanidad y conmiseración; les ayudamos ingenuamente en su propósito de derribar todo lo que existe y de crear el caos en el mundo; y será la cosa más curiosa ver a un congreso de hombres libres, libremente elegidos y nacidos al calor de una democracia libre, haciendo